



Eucaristía final de la XII Semana de Pastoral

CELEBRACIÓN DEL ENVÍO

Queridos hermanos:

Nos han sido anunciados dos textos vocacionales. La vocación del apóstol Mateo en el Evangelio; la vocación común de todos nosotros en la carta a los Efesios. Así pues, dos textos de llamada y de misión.

La narración que Mateo hace de su propia vocación es una **confesión de la misericordia de Jesús y de su propia condición de enfermo y pecador**. Desde su propia experiencia de haber sido llamado de forma inmerecida, Mateo pone de relieve con carácter general que la misión de Jesús no está destinada a los sanos, que no tienen necesidad de médico, ni a los justos, que no necesitarían acogerse a su misericordia, sino a los enfermos y a los pecadores, a los que llama con predilección a entrar en su Reino. Y como signo de esa predilección se acerca a ellos de la forma más íntima y familiar: **entra en su casa y se sienta con ellos a comer**.

Todo comienza con una mirada de amor de Jesús, que cambió la vida y el nombre del publicano Leví (Mc 2,13-17; Lc 5,27-32), en el discípulo y apóstol Mateo, uno de los doce (Mt 10,1-5).

Por ser publicano, Mateo estaba social y religiosamente excluido (cf. Mt 5,46-47; 9,11; 18,17). Pero en él puso Jesús sus ojos llenos de misericordia.

Jesús pudo haber visto con frecuencia a Mateo sentado en su puesto de trabajo, al entrar y salir de Cafarnaún; su rostro y hasta su persona y familia podían haberle sido conocidos. Y es muy probable que Mateo estuviera enterado de los milagros y enseñanza de Jesús en Cafarnaún; y es posible que en su corazón se hubiera estado encendiendo poco a poco el fuego de la atracción por él. Pero aquella vez ocurrió algo distinto, que cambió para siempre la vida de Mateo. El texto dice simplemente: *“Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos”*.

Jesús vio a Mateo y **lo miró con amor**, con una mirada de elección como discípulo y apóstol, que expresó al decirle: *“Sígueme”*. Y la posible inclinación de Mateo hacia Jesús se convirtió en respuesta definitiva en el momento decisivo en que le mostró su amor y su confianza. Mateo *“se levantó y lo siguió”*.

Lo siguió con inmenso gozo y agradecimiento; y organizó un banquete en su casa para honrar a Jesús en compañía de sus amigos y compañeros de trabajo. Y con Jesús entró aquel día la salvación en casa de Mateo, para él y su familia y, como



anticipo, para todas “*las ovejas descarriadas de Israel*” (Mt 10, 6) y para los enfermos que necesitan curación.

Esta narración de la vocación de Mateo refleja la libertad de Jesús en la elección de sus discípulos: “*soy yo quien os he elegido*” (Jn 15, 16). Muestra la fuerza del amor de Jesús para transformar la vida de Mateo: de pecador a justo ante Dios. Y es también una manifestación de la confianza de Jesús en la acogida de Mateo a la llamada a la misión de discípulo y apóstol: “*Sígueme*”. De hecho, la llamada de Jesús fue seguida de inmediato por Mateo.

En el seno materno de la Iglesia y a través de la acción evangelizadora de sus pastores y de otros testigos de la fe, en los variados ministerios laicales, todos nosotros hemos recibido la llamada de Jesús. En su enseñanza y en sus actos de amor, en la cruz y la resurrección de Jesús hemos reconocido la prueba de cómo Dios nos ama y viene a nuestro encuentro para unirnos con él. Por ello, hemos de tener la mirada fija en Jesús, para seguir sus huellas y ser también nosotros signo eficaz del obrar salvador de Jesús y de la misericordia del Padre.

El texto de la carta a los Efesios nos ha mostrado la forma de andar en la vida “*como pide la vocación*” a la que hemos sido convocados. Es una exhortación moral sobre **la existencia cristiana** que corresponde al designio de salvación de Dios en Cristo: *Bendito sea Dios Padre, que nos eligió en Cristo y nos ha destinado a ser sus hijos. Por su sangre tenemos la redención y el perdón de los pecados. En Cristo van a ser recapituladas todas las cosas del cielo y de la tierra. Creyendo en él hemos sido marcados con el sello del Espíritu Santo, que es la prenda de nuestra herencia.*

La exhortación fundamental es a “***mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz***”, mediante la práctica del amor, en actitud de humildad, comprensión y misericordia mutua. Es un fiel reflejo de la exhortación de Jesús a permanecer en la unidad y en el amor, que él tiene con el Padre, para que el mundo crea en él y reconozca quiénes son sus discípulos.

La unidad del Espíritu se constituye con estos elementos: un Dios Padre de todos; un Señor, Cristo, que da a cada uno su gracia; un solo Espíritu; una fe, un bautismo y una sola esperanza; y un solo Cuerpo de Cristo, que ha de ser edificado mediante el ejercicio de los ministerios constituidos por el mismo Cristo, a fin de que los santificados por su gracia lleguen a alcanzar la perfección a la medida de la plenitud de Cristo, el Hombre perfecto.

Y es el Espíritu Santo el que da vida a los miembros del único Cuerpo para que permanezcan en la unidad y en el amor. La unidad del Cuerpo, obrada por el Espíritu, es también una manifestación de la esperanza a la que hemos sido llamados; y la desintegración de la unidad es una señal de la desesperanza de los miembros de la Iglesia.



La actitud humilde y comprensiva en la relación con los demás es la manera de sentir y comportarse de quien tiene en más estima al otro que a sí mismo, reconociendo y apreciando los dones que Dios ha dado a los demás, y apartándose de toda forma de ambición propia. Por consiguiente, el pensar y sentir unánime no consiste en pensar exactamente lo mismo, sino en acoger los mismos dones y en estar orientados hacia la misma plenitud en Cristo. La humildad va acompañada de la paciencia, que es un rasgo esencial del amor, y es don del Espíritu. La paciencia es primero es un rasgo esencial de Dios, que contiene su justo juicio y concede el plazo de gracia oportuno para la reconciliación del pecador.

El texto de Efesios pone también en relación la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. La paz de Dios es Cristo. En la cruz restableció la paz y como Señor resucitado la ofrece y la regala como fruto de su Espíritu. A esta paz nos llama Dios; a ella debemos tender y en ella hemos de permanecer. Esta paz de Dios es el vínculo interno de la unidad del Espíritu. Si desaparece esta paz, desaparece también la unidad del Espíritu. Y si se rompe la unidad, se destruye también la paz de Cristo.

Llegar cada uno de nosotros, y trabajar para que otros lleguen a la perfección, a la medida del don de Cristo, es una obra del Espíritu en nosotros y con nosotros. Y se realiza en un misterioso proceso de maduración espiritual, conforme a los tiempos de la pedagogía de Dios, y de su paciencia con nosotros, que requiere también nuestra paciencia activa y confiada en la acción salvadora del Espíritu Santo.

El texto de Efesios, como otros varios de San Pablo, nos ha descrito la realidad misteriosa, sacramental, de esta comunidad litúrgica, congregada hoy aquí como Cuerpo de Cristo, con variedad de miembros unidos por el mismo Espíritu, que habita en cada uno de nosotros, nos infunde la fe en Jesús, el Señor, y nos otorga los dones necesarios para la vida en común y para llevar a cabo la misión de Jesús en diversos ministerios, funciones y servicios durante el año pastoral que estamos iniciando.

Fieles a la enseñanza recibida en su Palabra, suplicamos al Señor en esta Eucaristía que nos introduzca en su corazón abierto y nos haga participar de sus sentimientos y actitudes; que nos acoja con ternura y nos deje gozar de su compañía y su íntima amistad; que nos ilumine con su luz y nos levante el ánimo del corazón para no desfallecer y volver a empezar siempre de nuevo a seguirle con más fidelidad y participar de su vida y misión con más intensa alegría.

Desde este renovado encuentro con el Señor sentimos la alegría de ser enviados como “discípulos misioneros” y “evangelizadores con Espíritu”. Esta es la tarea que hoy nos comprometemos a asumir en los ámbitos diocesanos de la catequesis, la liturgia, la enseñanza, la vida de especial consagración, el apostolado laical en las cofradías y demás asociaciones y movimientos, así como en el ejercicio de la caridad y la atención a los enfermos y discapacitados, a los pobres, los presos y todos los excluidos de la vida social. Anhelamos llevar la luz del Evangelio a las familias y a sus hijos: niños y adolescentes, así como a los jóvenes, sean universitarios o trabajadores.



Carlos López Hernández

Todos estos campos de misión, donde hace más falta la luz y la vida nueva del Resucitado, están especialmente presentes hoy en nuestra oración y a ellos nos sentimos enviados, en particular algunos de los discípulos misioneros aquí presentes. Y tenemos bien en cuenta que Jesús se identifica especialmente con los más pequeños y nos encarga a sus discípulos escuchar el clamor de los pobres y cuidar a los más frágiles de la tierra, en su cuerpo y en su espíritu.

Acogemos hoy con especial empeño el envío al testimonio de la alegría del Evangelio en el Mes Misionero Extraordinario, al que nos ha convocado el Papa Francisco en el próximo mes de octubre.

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos regale la alegría del Evangelio de su Hijo y nos infunda la luz y el amor de su Espíritu, para que seamos testigos fieles y mediaciones audaces de su designio de salvación para el mundo.

Fiesta de San Mateo, apóstol.
21 de septiembre de 2019.